

MARIE BENEDICT
VICTORIA CRISTOPHER MURRAY

LA COLECCIONISTA

Título original: *The Personal Librarian*

© 2021, Marie Benedict y Victoria Christopher Murray

Esta edición es publicada por acuerdo con The Laura Dail Literary Agency
a través de International Editors' Co.

Traducción: Yara Trevethan Gaxiola

Diseño de portada: Planeta Arte & Diseño / Estudio La fe ciega / Domingo Martínez
Fotografías de portada: Del librero: © iStock / luoman. De la modelo: © iStock /
Darya Komarova

Derechos reservados

© 2022, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.

Bajo el sello editorial PLANETA M.R.

Avenida Presidente Masarik núm. 111,

Piso 2, Polanco V Sección, Miguel Hidalgo

C.P. 11560, Ciudad de México

www.planetadelibros.com.mx

Primera edición en formato epub: julio de 2022

ISBN: 978-607-07-8975-5

Primera edición impresa en México: julio de 2022

ISBN: 978-607-07-8970-0

Esta es una obra de ficción. Aparte de las figuras históricas bien conocidas y las personas reales, eventos y lugares que figuran en la narración, todos los demás personajes son productos de la imaginación de la autora y no deben interpretarse como reales. Cualquier parecido con personas, vivas o muertas, es pura coincidencia. Donde aparecen personajes históricos de la vida real, las situaciones, incidentes y diálogos relacionados a esas personas no están destinados para cambiar la naturaleza completamente ficticia de la obra.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.org.mx>).

Impreso en los talleres de Litográfica Ingramex, S.A. de C.V.

Centeno núm. 162, colonia Granjas Esmeralda, Ciudad de México

Impreso y hecho en México - *Printed and made in Mexico*

Capítulo 1

28 de noviembre de 1905

Princeton, Nueva Jersey

El viejo campanario Norte marca la hora y me doy cuenta de que llegaré tarde. Anhele correr a toda velocidad, con mis voluminosas faldas alzadas y mis piernas sobrevolando los senderos de la Universidad de Princeton. Pero justo cuando levanto las pesadas telas, escucho la voz de mamá: «Belle, debes comportarte como una señorita en todo momento». Suspiro; una señorita jamás correría.

Cuando atravieso el paisaje gótico y arbolado de Princeton, diseñado para que se parezca al de Cambridge y Oxford, suelto la tela y aminoró el paso. Sé que no debo hacer nada para llamar la atención. Al momento en el que cruzo Blair Arch, mi paso es rápido pero aceptable para una señorita.

Hace ya cinco años que dejé nuestro departamento en la ciudad de Nueva York para venir a este tranquilo pueblo universitario de Nueva Jersey, y el silencio sigue siendo inquietante. Los fines de semana quisiera volver a la energía de Nueva York, pero los sesenta centavos del boleto de tren están fuera de nuestro presupuesto familiar. Por eso, en su lugar envío dinero a casa.

Al cruzar debajo de la torre almenada, modero el paso para no llegar sin aliento a mi destino. «Estás en la Universidad de Princeton. Debes tener mucho más cuidado cuando trabajas en esa

institución que es exclusivamente masculina. Sé precavida, nunca hagas nada para sobresalir». Aunque esté a casi cien kilómetros de distancia, mamá se insinúa en mis pensamientos.

Empujo lentamente la pesada puerta de roble para que el crujido no sea tan fuerte, y camino de puntillas por el piso de mármol del vestíbulo, tan silenciosa como mis botas de piel de becerro me lo permiten; avanzo furtivamente hasta la oficina que comparto con otras dos bibliotecarias. La habitación está vacía y exhalo aliviada. Si la amable señorita Mc-Keena me viera llegar tarde, no tendría importancia. Pero con la señorita Adams, de ojos pesados y carácter entrometido, nunca podría estar segura de que no mencionaría mi falta a nuestro superior en algún momento futuro.

Me quito el abrigo y el sombrero, con cuidado de no alborotar mi cabello rizado y rebelde. Estiro mi falda azul marino antes de sentarme. En cuestión de minutos, la puerta de la oficina se abre de golpe, se azota contra la pared de paneles de madera, y me hace dar un respingo. Es mi única buena amiga, mi compañera bibliotecaria y de vivienda, Gertrude Hyde. Como es sobrina de la respetada jefa de compras de la biblioteca, Charlotte Martins, ella puede vulnerar la sagrada tranquilidad de los pasillos sin miedo a las represalias. Es una chica entusiasta de 23 años con cabello rojizo y ojos brillantes; nadie me hace reír como ella.

—Disculpa que te haya sobresaltado, querida Belle. Supongo que ahora te debo dos disculpas, en lugar de la única que tenía la intención de pedirte. Primero, te abandonamos esta mañana, lo que sin duda provocó que llegaras tarde —dice con una sonrisa traviesa y una mirada de reojo hacia el reloj de pared—, y ahora, te he dado un buen susto.

—No seas tonta. La culpa es mía. Debí dejar para después esa carta a mi madre y venir al campus contigo y con Charlotte... Con la señorita Martins, quiero decir —me corrijo.

Casi todos los días, Charlotte, Gertrude y yo caminamos juntas desde su gran casa familiar en University Drive, donde yo

tengo una habitación y comparto las comidas con ellas y con el resto de su familia, quienes viven en la casa también. Desde el principio, ellas me recibieron con calidez y generosidad en su hogar y en sus círculos sociales, y en el trabajo me brindaron una enorme ayuda. No puedo imaginar cómo hubiera sido mi vida en Princeton sin ellas.

—Belle, ¿por qué tanto alboroto por cómo llamar a la tía Charlotte? Aquí solo estamos tú y yo —me regaña Gertrude, burlona.

No digo lo que estoy pensando: Gertrude no necesita evaluar cada momento de cada día a partir de los estándares sociales para asegurarse de que su comportamiento pase la prueba. Ella no necesita analizar sus palabras, su andar, sus modales; pero yo sí. Incluso con Gertrude debo actuar con cuidado, en particular debido al agudo escrutinio de este pueblo universitario, que funciona como si estuviéramos en el sur segregado, en lugar del norte, supuestamente más progresista.

En el pasillo afuera de la puerta de mi oficina se escucha el tacaneo distintivo de los zapatos de la señorita Adams, y la falda de la señorita Gertrude se agita conforme avanza para irse. Le tiene tanto cariño a mi compañera de oficina como yo, pero sale corriendo antes de quedar atrapada en una conversación.

Antes de alejarse de la oficina, voltea hacia mí y murmura:

—¿Sigues libre para la conferencia de filosofía esta noche?

Desde que Woodrow Wilson asumió la presidencia de la Universidad de Princeton hace tres años e instituyó toda suerte de reformas escolares, la cantidad de conferencias abiertas para el personal y los miembros de la comunidad han aumentado. Si bien Gertrude y yo disfrutamos de que nos incluyan en la vida académica del campus, yo detesto algunas de las otras decisiones que Wilson ha tomado; por ejemplo, mantener a Princeton como una universidad exclusiva para blancos, cuando todas las otras escuelas de la Ivy League ya admiten a gente de color. Pero nunca expresaría en voz alta estas opiniones.

En cambio, respondo:

—No me la perdería por nada del mundo.

La calma de los ejemplares apilados me envuelve como una cobija suave. Me relajo entre el silencio tenue de las páginas que los lectores hojean, y el olor de las encuadernaciones de piel. Mis largos días en compañía de los manuscritos medievales y libros recién impresos me provocan serenidad y deleite. Pienso en la labor de los primeros impresores, quienes conmemoraban el idioma inglés y difundían su literatura mediante el trabajo meticuloso de colocar carácter por carácter; así, transformaban las páginas vacías en hermosos textos que inspiraban a devotos y lectores. Esa imagen me transporta más allá de los límites de este tiempo y lugar, tal como mi papá siempre lo creyó. Para él, la palabra escrita podía actuar como una invitación al libre pensamiento y a un mundo más vasto. Y eso cobraba un sentido especial en los albores de la palabra impresa, porque, por primera vez, esa invitación se podía extender a las masas, en lugar de a unos pocos elegidos.

—Señorita Greene.

Escucho una voz suave al otro lado de las estanterías.

Dos sencillas palabras, pero el tono modulado y el acento característico de mi visitante lo delatan; sin mencionar que lo estaba esperando.

—Buen día, señor Morgan —respondo mirando en su dirección.

Aunque hablo en voz baja, la señorita Scott levanta la mirada desde el escritorio de la recepción con el ceño fruncido, como si desaprobara. Lo que le molesta no es tanto el volumen de mi voz, sino la afabilidad de mi relación con el compañero bibliotecario y benefactor de colecciones.

Si bien el señor Junius Morgan es un banquero, ha donado con generosidad docenas de antiguos manuscritos medievales a la universidad, y por ello también tiene el título de bibliotecario

asociado en jefe. Estoy convencida de que la señorita Scott piensa que cualquier tipo de relación entre nosotros —aunque sea solo amable, profesional— está por debajo de él.

Un hombre delgado de escaso cabello castaño entra en la oficina, con una expresión cordial detrás de sus lentes circulares.

—¿Cómo está, señorita Greene?

—Bien, señor, ¿y usted?

Mi tono es profesional y reservado. Son veinte minutos más tarde de la hora que habíamos acordado, y yo había empezado a pensar que se había olvidado de nuestra cita. Pero jamás me atrevería a mencionar su retraso.

—Le iba a echar un vistazo a Virgilio, como acordamos ayer. Me preguntaba si aún le gustaría acompañarme. Siempre y cuando sus labores y su interés lo permitan, por supuesto.

El señor Morgan, a quien llamo Junius en la intimidad de mis pensamientos, sabe que mi celo por las colecciones más valiosas de la biblioteca es casi tan intenso como el suyo, y que ninguna de mis otras tareas obstaculizaría la consulta privada que me prometió.

Compartimos la pasión por Virgilio, el antiguo poeta romano. La biblioteca alberga cincuenta y dos volúmenes de su poesía. Mis conversaciones con Junius sobre los misteriosos viajes de la *Eneida* y la *Odisea* han sido algunos de los momentos más emocionantes de mi vida. Julius admira a Ulises; yo siempre me identifico con Eneas, el troyano refugiado que intenta cumplir su destino en un mundo que no tiene lugar para él. A Eneas lo impulsaba el deber, el sacrificio por el bien de otros.

—Ya despejé mi agenda, señor. —Sonrío.

—Maravilloso. Si fuera tan amable de seguirme.

Mi falda roza el piso de roble mientras sigo a Junius hasta la pequeña y elegante sala en donde se alojan las obras de Virgilio. Tengo que respirar profundamente y contenerme de golpetear el suelo con el pie mientras espero a que saque el pesado llavero de su bolsillo.

Finalmente, empuja la puerta para mostrar las vitrinas que guardan la valiosa colección de libros excepcionales. Solo existen aproximadamente ciento cincuenta libros impresos de la poesía de Virgilio. Todos estos volúmenes se imprimieron en el siglo xv. La mayoría los donó Junius.

He visto estos libros solo unas cuantas veces, mientras estaba acompañada del equipo de restauración. Este es un momento sagrado.

La voz del señor Morgan se escabulle en la santidad de mis pensamientos.

—¿Le gustaría sostener mi favorito?

Junius tiene en las manos el ejemplar de los impresores Sweynheym y Pannartz, el más valioso de todos. Los clérigos alemanes Conrad Sweynheym y Arnold Pannartz fueron dos de los primeros impresores en el siglo xv, y el libro que me presenta es una de las primeras ediciones de su imprenta.

—¿Puedo? —pregunto incrédula ante esta oportunidad.

—Por supuesto.

Sus ojos brillan detrás de los anteojos. Sospecho que para él es emocionante compartir su tesoro con alguien que lo aprecia en la misma medida.

Me pongo los guantes blancos que me ofrece. El libro es más pesado de lo que esperaba. Me siento frente a él y abro las páginas.

Papá hubiera disfrutado tanto este momento. Pienso en mi padre, quien me introdujo al refinado mundo del arte y los manuscritos cuando yo era solo una niña.

«Un día, la belleza de tu mente y la belleza del arte estarán unidas», me dijo papá una vez.

El recuerdo de las palabras de papá me hace sonreír conforme paso las páginas amarillentas. Examino los detalles de la letra *T*, escrita a mano, que marca el inicio de la página, y me maravilla el lustre de la lámina de oro. No me doy cuenta de la presencia de Junius, sino hasta que empieza a hablar.

—Anoche vi a mi tío.

Junius no tiene que explicar quién es su tío. Todos en la biblioteca sabemos que es nieto del infame financiero J.P. Morgan, y por eso nunca lo menciono. Quiero que Junius entienda que lo aprecio solo por su erudición.

—¿Ah? —respondo con amabilidad sin apartar los ojos de la página.

—Sí, en el Club Grolier.

Conozco el club del que habla, por reputación al menos. Se fundó hace unos veinte años, en 1884. El club privado consiste en bibliófilos adinerados cuyo objetivo principal es promover el estudio y la colección de libros. Me encantaría echar un vistazo detrás de esas puertas cerradas de su palacete románico en East 32nd Street. Pero como mujer, nunca me admitirían; y para esos hombres, mi sexo no sería mi único pecado.

—¿Asistió a una conferencia interesante? —Trato de continuar la charla.

—De hecho, señorita Greene, la conferencia no fue lo interesante.

El tono de Junius no es el acostumbrando, es casi juguetón. Curiosa, aparto la mirada de Virgilio. El rostro plácido de Junius, siempre agradable pero siempre serio, esboza una enorme sonrisa. Es un poco desconcertante; mientras me inclino un poco hacia atrás, me pregunto qué diablos está pasando.

—¿No? —pregunto—. ¿La conferencia no fue buena?

—La conferencia estuvo bien, pero la plática más fascinante de la noche fue con mi tío, acerca de su colección personal de arte y manuscritos. Lo aconsejo sobre ella de vez en cuando, así como sobre la biblioteca que le está construyendo junto a su casa en la ciudad de Nueva York.

—Ah, sí —asiento—. ¿Está pensando en hacer una nueva adquisición interesante?

Junius calla por un momento antes de responder.

—Por decirlo de alguna manera, supongo que está buscando una nueva adquisición —responde con una risita cómplice—. Le recomendé que la entrevistara a usted para el nuevo puesto de bibliotecaria.